

Atajar la crisis energética mundial

Por Mohamed ElBaradei

El mundo necesita una organización mundial de la energía que complemente, no que sustituya, a los organismos que ya trabajan en el ámbito de la energía.

Es necesario que los dirigentes mundiales adopten medidas para afrontar la crisis energética que se está preparando ante nuestros ojos. Los precios del petróleo se disparan, y cada vez parece menos probable que se trate de una burbuja. El precio del carbón se ha duplicado. Países tan distantes como Sudáfrica y Tayikistán sufren cortes de electricidad, y ha habido revueltas en varios países debidas a problemas con el suministro eléctrico. Los Estados ricos, donde también se producen apagones periódicos, están preocupados por la seguridad del suministro de energía. En el mundo en desarrollo, 1.600 millones de personas — aproximadamente la cuarta parte de la especie humana — no tienen acceso a la electricidad.

Creo que se están produciendo cambios fundamentales en el ámbito de la energía cuya importancia no hemos captado aún del todo. La demanda mundial aumenta con la misma rapidez que la población, y países en desarrollo como China y la India están experimentando un crecimiento económico espectacular. La Agencia Internacional de la Energía (AIE) sostiene que en 2030 las necesidades energéticas mundiales podrían superar a las actuales en 50%. Sin embargo, los combustibles fósiles de los que el mundo sigue dependiendo son finitos y están lejos de ser respetuosos con el medio ambiente. Hay que reflexionar seriamente sobre la creación de alternativas viables. Nunca ha sido mayor la necesidad de medidas políticas coordinadas sobre la energía y cuestiones conexas — el cambio climático y la atenuación de la pobreza, por no citar más que dos. Sin embargo, no existe una organización mundial de la energía en la que los países del mundo puedan acordar soluciones comunes a los problemas potencialmente enormes que estamos viendo surgir.

Tenemos una Organización Mundial de la Salud, dos organizaciones mundiales dedicadas a la alimentación, las instituciones financieras de Bretton Woods y diversas organizaciones para ocuparse de todo, desde el comercio hasta la aviación civil y las cuestiones marítimas. La energía, motor del desarrollo y el crecimiento económico, es una excepción notoria. Pese

a que, al igual que la alimentación y la salud, exige un planteamiento holístico y global, se la sigue tratando hoy en día de forma fragmentaria y por partes. Hay unas cuantas organizaciones que se ocupan de la energía, pero ninguna tiene un mandato que sea mundial y general y comprenda todas sus formas. La



Las necesidades energéticas mundiales podrían ser en 2030 superiores en 50% a las actuales. Sin embargo, los combustibles fósiles de los que el mundo sigue dependiendo son finitos y distan de ser respetuosos con el medio ambiente.

OPEP, por ejemplo, sólo tiene 13 miembros y se ocupa exclusivamente del petróleo, desde el punto de vista de los productores. La AIE representa a los 27 países de la OCDE desde el punto de vista del consumidor. Tan sólo 51 países, casi todos ellos en Eurasia, han firmado el Tratado sobre la Carta de la Energía, que se limita a cuestiones como el comercio, el tránsito y la conciliación de diferencias.



Incluso los pesimistas creen que tenemos al menos unos cuantos decenios por delante antes de que se agote el petróleo en el que se basa la prosperidad del mundo. Utilicemos inteligentemente ese tiempo para idear soluciones a largo plazo para las necesidades energéticas mundiales que beneficien a toda la humanidad.

El mecanismo coordinador de las Naciones Unidas, Naciones Unidas-Energía, apenas tiene cuatro años de existencia. Cuenta con 20 organismos miembros, lo que muestra hasta qué punto están fragmentadas las actividades de las Naciones Unidas en materia de energía. Naciones Unidas-Energía carece de presupuesto y autoridad, y actúa como un modesto foro de debate e intercambio de información.

Así pues, ¿necesita realmente el mundo otra organización internacional más? Francamente, sí. Una organización mundial de la energía complementaría, sin sustituirlos, a los organismos que trabajan ya en este ámbito. Aportaría una perspectiva intergubernamental esencial para ocuparse de asuntos que no se pueden dejar a

merced de las fuerzas del mercado exclusivamente, como el desarrollo de nueva tecnología para energía, la función de la energía nucleoelectrónica y las energías renovables, y soluciones innovadoras para reducir la contaminación y las emisiones de gases con efecto de invernadero. Estas son unas cuantas cosas que podría hacer una organización mundial de la energía:

- ❖ realizar evaluaciones autorizadas de la oferta y la demanda mundiales de energía, y recopilar datos esenciales sobre energía que se encuentran ahora dispersos e incompletos.
- ❖ acelerar la transferencia de la tecnología de energía adecuada a los países pobres y aconsejarles objetivamente sobre una mezcla óptima de energía que resulte inocua, segura y sana para el medio ambiente.
- ❖ crear un mecanismo mundial para garantizar el abastecimiento energético en las crisis y emergencias. (La AIE ya lo hace así para sus miembros con el petróleo. El Organismo Internacional de Energía Atómica está estudiando la posibilidad de establecer garantías de suministro de combustible nuclear para reactores).
- ❖ ayudar a los países en el funcionamiento de sus servicios energéticos e incluso hacerlo provisionalmente en su lugar después de una guerra o una catástrofe natural grave.
- ❖ coordinar y financiar la I+D, tanto en sus fases iniciales como finales, sobre todo para los países energéticamente pobres, cuyas necesidades la I+D comercial orientada a los países ricos pasa con harta frecuencia por alto.

Los esfuerzos que se hicieron en el decenio de 1970 para fundar una organización mundial de la energía resultaron vanos. El mundo ha cambiado extraordinariamente desde entonces, y la necesidad de una acción conjunta para formular soluciones a largo plazo a la crisis energética que nos amenaza es hoy innegable. Cuesta imaginar cómo podría hacerse esto sin un organismo multinacional especializado, sostenido tal vez por una convención mundial sobre la energía, con autoridad para formular políticas y prácticas en beneficio tanto de los países ricos como de los países pobres, de manera equitativa y justa. Debemos actuar antes de que la crisis se convierta en catástrofe.

Incluso los pesimistas creen que tenemos al menos unos cuantos decenios por delante antes de que se agote el petróleo en el que se basa la prosperidad del mundo. Utilicemos inteligentemente ese tiempo para idear soluciones a largo plazo para las necesidades energéticas mundiales que beneficien a toda la humanidad. 

El Dr. Mohamed ElBaradei es Director General del OIEA.